



El soñador y la muerta sonriente

Por FRANCISCO ÁLVAREZ QUIÑONES¹

REAL JOBEL, 1980.

I

NAJÁ, CASA DEL AGUA.

-“Xa kol xa r’achakl noj ruk yíá”- Musitó Kayum, el hijo del patriarca Chan K’in, sabio y consejero ritual del poblado Lacandón de Najá, junto a la laguna con ese nombre, en la selva chiapaneca.

-“Ya nuestro K’in, nuestro Balam de Najá, está encendiendo el Xnoj y el pericón, el incienso de Jovel que le han traído en el avión, Ya los dioses le están agradecidos. Fueron buenos los dioses con nosotros. Nos han seleccionado para darle casa a la Luna. ¿Pero dónde están nuestros Hermanos? Ellos no pueden ver todo esto”.

Las músicas de los tambores y las flautas callaron. Chan K’in se arrodilló frente a los incensarios, en medio del círculo, frente a una roca como altar, en el claro de la selva, rodeado por chozas, y se hizo un gran silencio. Hélene y Diego observaban la escena, sobrecogidos de emoción; una de las mujeres trajo a Chan Kin un envoltorio cubierto con piel de venado, atado con fibras de jaror, al que trataba con gran veneración, el cual entregó al patriarca con los ojos cerrados. Chan K’in tomó el paquete sin mirarlo, pues su vista estaba dirigida al sol y a las nubes.

- “¡Ch’ay kanaj cut r’izmal rí kej” -exclamó-. “Danos un poco de tu sangre, ten piedad de nosotros. Danos la sangre de las hembras, la sangre de las venadas y de las hembras de los pájaros. ¡Danos la sangre

de las criaturas de la selva y de los campos: Danos la lluvia, Ea!”

Alzó el envoltorio cubierto con piel de venado en dirección al sol, y como si hubiera sido una orden, dos de los hombres alzaron también al sol sus arcos y sus flechas, que salieron volando. Enseguida los flechadores, corriendo, se internaron en la selva. Chan K’in prestaba su boca a Tojil, el multitudinario Dios, los madres-padres dioses, para que ellos hablaran mediante su voz:

-“De verdad, aquí están nuestros montes y nuestros valles. Somos suyos, les pertenecemos, y entrambos debemos alimentarnos”.

-“Grande será nuestra gloria en carne de nuestros descendientes a través de vuestras obras y de las obras de toda la Humanidad. Vuestras son todas las tribus de la tierra, y nosotros los sirvientes, los alimentadores de los Dioses, vuestros compañeros. Cuidad a vuestro pueblo, que nosotros les daremos el conocimiento. Desde la selva les hablaremos, pues estamos escondidos, ocultos. Balam portará nuestras voces, Ellos podrán abrir la boca con nuestro aliento. Ellos podrán mostrarles las pieles de Jaguar y de venado que nos contienen. Tojil así lo ordena, Avilix así lo dice: Hachakyum”.

Chan Kin, el dueño serpiente de la tierra, desató el bulto, después de colocarlo al centro del altar de roca; abrió pausadamente la piel de venado exterior, que cubría todos los contenidos; la jaló para liberarla, levantó el resto del bulto, ahora

¹ Aventurero con vocación de escritor, dramaturgo, traductor, guionista, realizador en medios audiovisuales y promotor de culturas populares, aunque de vez en cuando practica artes plásticas, nació en México, D.F. el 11 de Mayo de 1946, y radica en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Colabora desde 1986 con la Asociación de actores y escritores Mayas Tzeltales y Tzotziles Sna Jtz’ibajom, A.C.

cubierto por una segunda envoltura de piel de jaguar; extendió la piel de venado sobre la verde piedra ritual, labrada por antiguos Mayas, y depositó encima de ella lo que estaba cubierto con piel de jaguar. Enseguida mostró a su gente, que observaba sus actos con reverencia, la envoltura externa: la piel manchada de Jaguar, el mensaje cifrado del Nagual poderoso del Hechicero, el Mago, el Gobernante, traductor numinoso de las manchas reveladoras. Les mostró también el bulto- jaguar, que había estado envuelto con la piel de venado, emblema del portador de rayos: el símbolo sagrado que Tojil dejó por herencia, protegido ahora por la piel de jaguar, la cual el consejero ritual fue abriendo con devoción.

Finalmente, mostró a su pueblo la Piedra sagrada, la cual fulguró bajo los rayos del sol: la redonda piedra verde labrada como un nudo, que contenía el alma de Dios. La alzó de modo que brillara sobre los rostros de los espectadores. Hélene y Diego observaron el místico cambio en las expresiones de los rostros tocados por el reflejo de la luz del sol emanado por la piedra sagrada. Se arrodillaron y besaron la tierra en silencio, hasta que al llegar la luz a Hélene, José Bor imprimió un ritmo cadencioso al tambor Cham Cham k'ayum que portaba, detrás de Chan Kin. AjGukumatz, el músico, también tocó la flauta, en una nota continua, que duró hasta que Hélene, con la luz del sol sobre sus ojos, intuyó que debía arrodillarse también, y besar la tierra. En cuanto lo hizo, su mente dejó de razonar. Se perdió su sentido de realismo, ante el contexto mágico del momento, y al besar la tierra, sintió una cálida emoción brotarle de alguna parte de su ser, de alguna parte desconocida por ella misma hasta entonces, aunque ya la había intuido. Ahora sentía realmente que se había enamorado de la tierra, y la tierra le prodigó su amor en reciprocidad. Pensó, sintió, ensoñó al mundo como un ser vivo e inteligente, que brindaba inagotable amor

como entidad humana.

Ahora se sentía verdaderamente protegida. Nada concreto podría herirla. Todo sobre la faz de la tierra era su aliado.

-“Mírame haciéndote un don para el espíritu de mis hijos, los que me has encomendado, los que te esperan, los que recibirás, los que me darás”—Dijo Chan K'in en trance, y continuó:

-“Que no queden cercados, que no los aflija la enfermedad, el frío, la fiebre. Entra. Camina hacia mis hijos, Cuida a mis hijos, Ten a mis Hijos”.

Los rostros de todos se alzaron hacia el sacerdote, después de que terminó de pronunciar estas palabras. Diego, al que los lacandones llamaban Balam, se veía consternado, al mirar los rastros de sangre en los labios de Hélene, en sus manos, pero aún había de observar el sacrificio personal que había de efectuarse: Chan Kin sacó de su Boxar, su bolsa de cuero-, las espinas dobles del Subín, espinas de acacia, huecas, curvadas en forma de cuernos de toro.

-“Haz como yo”- le ordenó a Hélene, en español.

-¿Qué? --Preguntó ella, más de inmediato entendió que debía imitar al sacerdote Maya.

Entonces ambos se pincharon los lóbulos de las orejas, los brazos y las puntas de los dedos ante las pieles y la piedra, símbolos de los seres sagrados. Vertieron su sangre en un recipiente hecho de calabaza, el Lek, que se utiliza para guardar el maíz desgranado, a fin de que Tojil se acordara de llenarlo, si estaba agradecido. Después vaciaron la sangre sobre el ídolo de piedra que representaba a los Dioses, por su única boca. Por este día, los Dioses quedaron satisfechos.

II

EL SOÑADOR

“Puede haber buen o mal tiempo, puedes dejar tu ruta y volver a ella:

Entonces ambos se pincharon los lóbulos de las orejas, los brazos y las puntas de los dedos ante las pieles y la piedra, símbolos de los seres sagrados.



más si llegaras a perderla...
ya no habrá otro camino.”

Chan K'in de Najá.

Más difícil aún que ver en libertad una pareja de jaguares, es oírles cantar, con la estentórea voz que les ha dado fama, las coplas Lacandonas “Ik Ayil Bahlum”, de mágicos efectos:

*“Desde la montaña escucho tu voz,
venir desde muy lejos;
tus pies, tus manos, tu rostro está
manchado.
Tras el tronco podrido de la
ceiba yaces, hermanito jaguar.
Oyes mi voz llegar de muy lejos,
y tus orejas están manchadas.
Mi piel, mis manos, mi rostro
están también manchados;
cuando paso a tu lado, te
acuerdas de tu hermano.
Somos uno y lo mismo,
hermanito mayor; la montaña y
el sueño resguardan nuestras
almas”.*

Pocos mortales han usado este canto, que mezclado con Balché y semillas adivinatorias, convierte al ritualista Lacandón Chan K'in en su onen, un jaguar numinoso, capaz de revelar pasado, presente y futuro mientras se aparea o “juega” con la muerte.

Trepado sobre una atmósfera de sueños, el jaguar del alma verdadera, posado en la cúspide de una pirámide intangible que representa la creación, puede contemplar el Sacbé, camino blanco iluminado por el que Hach'akyum, deidad trece solar, dios creador verdadero, recorre sus dominios.

A mediodía, después de haber vomitado por efecto del balché las impurezas de la mortalidad, Chan K'in, pequeño Sol, sacerdote supremo de Najá, Casa del Agua, se ha tornado Chilam Bahlum, “el que ha-

bla con boca de jaguar”, y después de beber agua enchilada, se dispone a interpretar los sueños de sus fieles, contemplando como en un espejo sus visiones, en la jícara con caldo picante, que refleja los intensos rayos del sol, jaguar alado que se filtra por el techo de su choza.

En trance, el soñador le cuenta sucesos oníricos: bajo la luz crepuscular, entre cantos de aves que jamás ha escuchado, un sinuoso camino sube y baja montañas y le hace llegar a un pueblo desconocido, cuyas chozas con techo piramidal de paja, diseminadas entre los valles y laderas, le recuerdan las chozas de Najá, de techo de palma.

Al acercarse escucha voces de lamento, en un idioma que le recuerda al maya, pues logra entender, vagamente, algunas palabras.

Al centro de ese pueblo hay un templo, y frente a éste una amplia plaza; una gran muchedumbre de mujeres y hombres mayas, con trajes de lana negros, brocados multicolores, sombreros con borlas y listones, se arremolina reverente en torno a un verde palanquín de madera, sobre el cual se encuentra, sentada en actitud de bendición, una mujer joven, morena, sonriente, vestida con un largo huipil de algodón blanco con bandas rojas verticales y un cuadrado con rombos al pecho. Su largo cabello suelto, negro y ondulado, deja entrever los aretes, miniaturas de escudos aztecas en turquesa y verde con doradas plumas que fulguran al sol.

Ella sonríe, y sin embargo, sus ojos de pobladas pestañas vierten lágrimas, y sus dientes blanquísimos aprietan un enorme cigarro lacandón que humea.

El soñador no ha visto nunca a esa mujer tan bella y tan extraña, parecida a la imagen de Ixchel, la diosa luna. Levantan en andas el palanquín que la lleva, y lentamente, entre alaridos dolorosos de las mujeres, que visten huipiles de algodón profusamente brocados con símbolos antiguos y largas faldas oscuras, avanzan en

**Ella sonríe,
y sin
embargo,
sus ojos de
pobladas
pestañas
vierten
lágrimas, y
sus dientes
blanquísimos
aprietan
un enorme
cigarro
lacandón
que humea.**

el sentido del sol, dándole tres vueltas a la plaza.

El soñador permanece en trance, recordando hasta el mínimo detalle las escenas que va narrando, pues le han sucedido la noche anterior, en sueños.

Mientras él habla, el viejo Chan K'in, con los ojos entrecerrados, mira atentamente los fulgores del agua de ich enardecida contenida en la jícara, hasta que el soñador hace un silencio. Nubes de copal filtran los rayos del sol que descienden por el techo.

-“Esa muchacha morirá” -dice en voz baja, como un lamento-. Sus ancianos ojos recorren con tristeza las hileras de dioses que contemplan la escena estupefactos y grotescos desde sus vasijas de barro, donde arde el copal de la ofrenda. Lenguas de fuego se alzan de las tablillas donde se alinea el pom, dispersando el olor de la aromática sangre de la virgen Xquik, donadora del incienso.

-“¿Pero quién es ella, padre?”-pregunta K'ayum, Tambor de Trueno, hijo menor de la tercera esposa del patriarca; y añade, con reserva:

-“Yo también la soñé...”-

El soñador abre los ojos. Azules, insólitos, muy diferentes a los ojos oscuros de quienes le rodean. Casi ha logrado convertirse en uno de ellos, dejándose crecer el cabello hasta los hombros, vistiendo la túnica tradicional sobre el cuerpo y los pies desnudos, ya morenos de sol, hablando a la perfección su “verdadero idioma”, sintiéndose en verdad un hombre de maíz, creyendo en su alma como un animal, un jaguar de la selva. Sólo sus ojos, su piel y su pasado son diferentes: ha sido ya iniciado en los rituales del balché, y Hachakyum y los dioses ancestrales lo han aceptado para que cumpla destinos misteriosos. Ahora ya no es Robert Bruce: desde hace varios años, por la virtud del idioma Maya, es Roberto Bahlum, un Lacandón más, un fiel adepto de las enseñanzas de Chan K'in, sacerdote solar de la Casa del Agua.

-“¿Tú también la soñaste, hermanito?”
-le pregunta el soñador a K'ayum- “Cuéntanos pues tu sueño”.

K'ayum mira a su padre, que asiente con los ojos, y relata su visión:

-“Revelé a una muchacha tseltal, muy bonita, con el traje de Oxchuc, dormida o muerta junto a un río. Pensé que estaba muerta, pero sonreía y de sus ojos cerrados salían lágrimas. Me espantó mucho este sueño. Amanecí cansado y triste, pensando en ella. Quise salvarla, pero no pude llegar a tiempo”.

-“¿De qué color era la arena, las piedras junto al río?” -pregunta Chan K'in, vivamente interesado-

- “Eran lajas de piedra amarillenta, padre, y la arena era roja”.

-“Será lejos, entonces. Esa muchacha morirá, no sé dónde; quizá por el rumbo de Jobel. Tampoco puedo ver cuándo. Tal vez no será pronto”.

El soñador deja que pase un rato en silencio antes de anotar en su libreta ambos sueños. Luego le pregunta a Chan K'in:

-“¿Cómo sabremos si se puede evitar su muerte? ¿Cómo sabremos si estos sueños se cumplen?”.

-“Sólo soñando, Roberto” -le responde Chan K'in-. “Sólo los sueños revelan las verdades. Parece que nos mienten, porque Kisin, el siniestro, los ha llenado de humo. Pero si estás en paz con los dioses, puedes ver la verdad atrás de la niebla”.

Roberto anota su respuesta, después de mirar con veneración al noble anciano, quien con gran solemnidad comienza a darles alimento a sus dioses, vertiendo pozol con una diminuta cuchara de madera en las bocas abiertas de las figuras venerables, modeladas en los incensarios de barro.

De pronto, interrumpiendo su escritura, Roberto exclama:

-“¡Ahora recuerdo! Casi al amanecer tuve otro sueño; estábamos en una fiesta, en un salón muy grande. Éramos varios, casi todos compañeros de estudios.



Vestíamos trajes de gala con corbatas de moño y zapatos brillantes. Rodeábamos a un hombre de baja estatura, que bailaba gesticulando y mirándonos a todos con ojos burlones, muy abiertos. De repente apareció en su mano izquierda una botella de ron y en la otra un gallo muerto. Avanzó hacia nosotros, espantándonos, agitando gallo y botella frente a mi rostro. Tenía el torso desnudo, y de pronto le vi crecer los pechos, hasta que se volvieron bellísimos senos de mujer. Creo que en ese momento desperté. ¿Qué me puede revelar este sueño, Chan K'in?"

El patriarca respondió en voz baja, compungido:

–“Ese hombre te dirá cuando haya sucedido la muerte de esa mujer. Este es un aviso inevitable. Nada puede impedir que muera esa inocente joven. Lo sabrás por otra mujer, que como tú estudia nuestras costumbres. Lo sabrás cuando estés en la ciudad, con tus antiguos compañeros. Aún no sé cuándo, pero lo sabrás”

Cinco años después, en la ciudad de México, Roberto anotaba en las pruebas de imprenta de su libro sobre el simbolismo de los sueños y las adivinaciones lacandonas las palabras “no confirmado” debajo de cada uno de los relatos de aquel día, que había consignado junto a las premoniciones confirmadas. Mientras su libro se imprimía, viajó de nuevo a la selva, para reunirse con el clan de Najá; intuía que lo esperaban, pues se soñó como un jaguar junto a ellos en cuanto tomó la decisión de pasar sus vacaciones en la hermosa laguna, donde vivía más a gusto que en ninguna otra parte del mundo. Tras de su aspecto respetable de eminente doctor en lingüística y antropología Mayas, se ocultaba un espíritu selvático, y bajo su gorra inglesa, que nunca se quitaba en público, escondía su larga cabellera de hombre de maíz, emblema primordial de los Lacandones.

Al llegar a Ciudad Real, se dirigió a Na-Balam, “La Casa del Jaguar”, donde acostumbraba hospedarse. Unas cuerdas antes

Mientras su libro se imprimía, viajó de nuevo a la selva, para reunirse con el clan de Najá; intuía que lo esperaban, pues se soñó como un jaguar junto a ellos.

de llegar, se sorprendió al ver un nuevo restaurante, que no había visto en su visita anterior. Por curiosidad se asomó en el preciso instante en que salía del salón una hermosa mujer, de intensos ojos azules y larga cabellera negra. Ella le saludó, mientras se sentaba en la fuente del patio, y eso le animó a entrar. Sobre la chimenea se hallaba un óleo puntillista representando un jaguar múltiple perdido entre la selva.

–“Este lugar debe ser de alguien interesante”, pensó al ver los estantes de libros, los instrumentos musicales y los cuadros que trataban de atraer atención sobre los muros. No había nadie a esa hora; en una mesa se veía un bolso y un chal, sin duda de la mujer en el patio. Al salir se despidió de ella con una inclinación y una sonrisa, sin hablarle; pensó volver, al darse cuenta de que le había atraído, pues no se le borraba de la memoria, llegó a Na-Balam pensando en ella. Luego la postergó, cuando al entrar le saludaron con familiaridad los encargados del hotel museo, que ya habían hecho los preparativos para su viaje a la selva. Pero la estuvo recordando durante el recorrido, y no le fue difícil reconocerla algún tiempo después, en otras circunstancias.

La mujer de la fuente también había fascinado a Diego, ahora dueño de la nueva versión del restaurante “La Cabaña”, a unas cuerdas del museo de Na-Balam, quien entró a su local poco después que Roberto salió y, mientras éste se alejaba hacia el museo, saludó a la muchacha dispuesto a servirla. Pasaron juntos al salón y le tomó la orden. Cuando él salió, ella tomó una guitarra y comenzó a cantar antiguas canciones francesas, casi bromeando, con ganas de animarse:

*“Alouette, gentille alouette,
Alouette, je te plumerai;
Je te plumerai la tête,
Et la nez, et le bec, et le cou,
Et les dos, et les pattes”.*

Era antropóloga, actriz y cantante; unos años antes había viajado a la India, donde estudió hinduismo y en Francia, publicó un libro: “Metta” o Amor Universal, basado en sus experiencias con un Guru. A Chiapas llegó a estudiar curanderismo y brujería, aconsejada por uno de los brujos de Catemaco, quien tal vez deseaba librarse de su impositiva presencia y sus preguntas en muchas ocasiones impertinentes. Tenía un aire soberbio, despectivo, autoritario y posesivo; despreciaba la mediocridad, y tenía la intención de relacionarse solamente con quienes le resultaran interesantes. En México pudo relacionarse con el grupo cercano a Octavio Paz, buscando una entrevista con el poeta, que nunca logró, pues su carácter impositivo no convenció al eximio maestro; además no tenía nada que ofrecerle y sus peticiones eran muchas. En realidad, lo que ella quería era hallar un amor loco, ya que era surrealista y se consideraba gran conocedora de las fuentes secretas de la música, del arte, de la magia, del misticismo y la poesía.

Conocía también su poder de seducción, y su canto tenía la intención de embrujar a Diego, pues intuía que su amistad le sería valiosa. No acostumbraba equivocarse. Mientras ella cantaba y le servían, Diego la observaba embelesado.

–“Es bellísima esa canción- le dijo en su francés mal pronunciado, aprendido al paso en su época de hotelero. Tomó la guitarra que ella había dejado y cantó una canción que había aprendido de María Troya”.

*“Au clair de la lune,
Pierrot répondit:
Je n'ai pas des plumes,
Je suis dans mon lit.
Va chez la voisine,
Je crois qu'elle y est,
Car dans la cuisine
On bat le briquet...”*

Pronto ella, con un mohín exquisito en

sus labios sensuales, le contó sus inquietudes, sus vocaciones, sus expectativas: estaba decidida a convertirse en maestra esotérica, conocer a fondo y practicar la magia blanca y negra para poner siempre el destino a su favor, relacionarse y dominar con sus encantos y sabiduría a las celebridades del mundo y sobre todo, hallar el loco y eterno amor que por seguro le estaba predestinado. Por su parte, ella se fue enterando poco a poco que Diego era un hombre de espíritu bohemio, con aspiraciones artísticas, que había huido de la ciudad y se había establecido en el modesto pueblo de Jobel, Ciudad Real, Villa Viciosa, Chiapa de los Españoles o San Cristóbal de Las Casas, para dedicarle más tiempo a la pintura, la escultura, la música, el teatro y la poesía; llevado por una obsesión que, decía él, le había crecido en sueños. Creía que el alma era capaz de concebirlo todo, de reunir todos los absolutos, dejándolos paradójicamente en libertad para cumplirse siempre en una multiplicidad de dimensiones.

A esta concepción le llamó Trozismo, y soñaba servir a su época provocando un movimiento de cultura integral en que los hombres y mujeres que se unieran a él, dominaran todas las disciplinas científicas y artísticas, hablaran todos los idiomas y se expresaran en un poema o sinfonía universal que le daría la eternidad al género humano. Para ello había reunido en su restaurante a una gran cantidad de artistas, filósofos, historiadores, ecólogos, músicos, poetas, artesanos, aventureros, investigadores de varias índoles, de diversas nacionalidades, que se dieron a la tarea de promover la formación integral de sus generaciones a través de recitales, conciertos, exposiciones de arte y fotografía, conferencias y viajes de investigación arqueológica, ecológica y humanística que dieran como resultado la expansión del espíritu y el conocimiento.

Era pues, en su concepto y el de otros muchos más, un pobre ingenuo, soñador,



utopista, romántico, incauto, barroco e idealista y el canto de Dominique, aunado a su belleza, le había impresionado profundamente. Era primavera, y para esos días había organizado un programa continuo de recitales, exposiciones, conciertos y obras de teatro en la recién abierta Sala de Bellas Artes. La antañona ciudad celebraba la Feria de la Primavera y de la Paz y recibía visitantes de todo el mundo atraídos por el entorno indígena, las ruinas de la cultura Maya, el ambiente colonial y el clima del valle, rodeado de boscosas montañas. La Cabaña era el centro de reunión de las decenas de artistas que se presentaban ante un público heterogéneo y no muy exigente, compuesto de indígenas, mestizos, criollos y turistas de todas partes del mundo.

Por supuesto, invitó a Dominique a participar en un recital, después de relatarle brevemente los objetivos del programa. Ella aceptó, con la condición de conseguir una guitarra de concierto. Diego pudo procurársela y así se inició una relación muy intensa, que había de resultarle dolorosa, ya que su espíritu quedó dividido entre el amor a su fiel esposa y el amor loco que despertó en su alma la inquieta francesa.

Entre los grandes amigos de Diego estaba un fotógrafo surrealista, Antón Yalux Tuluk, quien por esa época tomaba fotos de fantasmas, cementerios, paisajes y personajes nocturnos. Esa obsesión hizo que le llamaran Antón de las Muertes, pues además tocaba con frecuencia ese tema en sus inteligentes conversaciones, salpicadas de un agudo y cáustico sentido del humor, mezclado con el afán de concientizar a la humanidad mediante el testimonio social de sus fotografías en blanco y negro. Compartía con Diego una parte de la casa, donde tenía su laboratorio. Junto a la casa vivía también Zacarías, el pintor surrealista, seductor y fogoso, obsesivo y angustiado como ellos por el espíritu de guerra y la injusticia de la época, que le obligaban a pintar visiones apocalípticas y a sostener

puntos de vista tan contradictorios que le entorpecían a todos la paciencia.

Aunque según su erudita opinión no pasaban de ser simples iconoclastas e iracundos intelectuales, Dominique se sentía en su elemento sosteniendo con ellos acaloradas conversaciones, que se animaban más con las intervenciones de los músicos, filósofos, artistas y poetas que frecuentaban el lugar. En esas pláticas resultó que Antón y Dominique compartían un origen común, pues sus antepasados eran hebreos y provenían de la misma región de Rusia. Antón era soltero, rubio y de ojos azules y Dominique pensó que esa identidad genética era una coincidencia nada casual: él era el loco amor que ella estaba buscando y había llegado a La Cabaña sólo para encontrarlo.

Vivió con él un breve y tórrido romance. Ella se ufanaba de conocer los secretos del Tantra, y la sexualidad del Kama Sutra le brotaba por los poros. Tenía unos senos preciosos, estrecha cintura y unas caderas de princesa oriental, ojos azules, rostro ovalado, y una larga, ondulada cabellera negra, aunque tenía el defecto de ser narizona, que no se hubiera notado si no hubiese sido por su tremenda soberbia, que sólo Diego le soportaba.

Antón disfrutaba su libertad y la defendía tanto, que no permitía que ninguna mujer, por bella y seductora que fuese, compartiera su vida por más de unas semanas. Dominique era voluntariosa y había decidido llevárselo a París, casarse con él y conducir su carrera y sus relaciones para hacerlo rico y famoso. Por ese tiempo Diego había adquirido la habilidad de leer las cartas del Tarot. Exaltado por el amor, que sentía doblemente, había llegado a ver las fluctuaciones de su emoción como una luz que nacía en el interior de su pecho, expandiéndose hasta el infinito cuando se hallaba emocionado y contrayéndose luego cuando lograba controlar sus pasiones. Notó que en ese estado su intuición esotérica crecía y le era fácil leer el pasado, el

Diego sufría, tanto de amor frustrado, como por intuir la tormenta de sufrimientos que se avecinaba, esa terrible premonición de muerte que había visto.

presente y el futuro en las disposiciones del Tarot. En una ocasión, impresionada por la manera estupefacta con que reaccionaban quienes solicitaban sus lecturas, aunque con mucho escepticismo, le pidió a Diego que le leyera su destino en las cartas. Después de contemplar las que había extendido para ella, visiblemente emocionado, con grave tristeza le dijo:

-“Te aconsejo que no te ilusiones con Antón. No está dispuesto a quererte y terminarás sufriendo y haciendo sufrir a muchos, algunos hasta lo increíble, si continúas empeñada en hacerlo tu amante”.- le dijo a Dominique-, intuyendo la pena que a sí mismo le esperaba, y algo más grave aún, que no quiso decirle a nadie: había visto que alguien estaba en peligro de muerte.

-“Lo dices por celos. Yo sé que él es el hombre de mi vida. No ha sido para nada casual nuestro encuentro, ya estaba predestinado. Por ahora él prefiere su libertad, pero te juro que yo lograré enamorarlo, y podré ayudarlo a promover su obra, en París, en toda Europa”.

-“No lo necesita. Se ha casado con su arte y por su propia cuenta logrará hacerla trascendente. Tal vez entonces estará dispuesto a vivir en pareja. Por ahora no es un hombre de una sola mujer”.

-“Estás equivocado. ¡Verás que pronto me amarás!”.

Diego sufría, tanto de amor frustrado, como por intuir la tormenta de sufrimientos que se avecinaba, esa terrible premonición de muerte que había visto, y la luz que brotó de sus ojos y de su pecho inundó a Dominique, que se sintió avasallada por la fuerza de esa emoción. Pero era cruel y no logró enternecerse.

-“No me mires así” -le pidió-. “Sabes que no puedo amarte, y además...eres casado. Lo que siento por ti es Metta, amor universal, platónico. Pero Antón es el hombre que he estado buscando”.

-“No lo es, Dominique. Quisiera equivocarme, pero he visto en las cartas algo que

puedes evitar. Si tú sigues acosando a Antón, te causarás a ti misma y a otros muchos sufrimientos innecesarios. No lo digo por mí, pues bien sé que nuestro amor no ha de cumplirse. Pero te quiero y no deseo que sufras, ni que hagas sufrir a....no sé a quién todavía”.

No logró convencerla. Ella insistió en viajar con Antón a Palenque, quien aceptó con mucha reticencia, pues ya le había colmado la paciencia con su acoso y su manera posesiva de tratarlo; se trepó al jeep de un amigo alemán llamado Peter y se fueron a las ruinas, que por entonces no tenían tan estricta vigilancia. Antón quería hacer fotos desde una gran variedad de ángulos a diversos horarios, por lo que se quedaron hasta mucho después del atardecer, hasta que ya casi estaba anocheciendo; guardó sus lámparas y equipo, y se sentó sobre las gradas del palacio de La Torre a descansar. Dominique se sentó junto a él, intentando seducirlo. Ardía de desearlo. Ya todos los turistas se habían ido y hasta Peter, que le ayudaba a Antonio, se había ido hacia estacionamiento. Antón estaba cansado y el hecho de que ella lo siguiera por todas partes, tratando de convencerlo con exagerado entusiasmo de la genial idea de llevar una primera exposición a París, que después se iría por toda Europa, de hospedarlo en su casa y hacerlo rico y famoso en el ambiente más sofisticado del mundo, lo hicieron casi odiarla.

Pronto Antón se fastidió de su insistencia. Discutieron acremente:

-“¡Basta, Dominique! Acepté que nos acompañaras, con la condición de que me dejaras trabajar en paz! ¿Qué no te das cuenta de que estás abusando? ¡Carajo, ya te dije mil veces que si voy a París será cuando yo quiera, y si voy, no quiero ni verte!”

-“¿Pero qué es lo que piensas hacer?” -le recriminaba ella- “¿pasar toda tu vida en el anonimato, rodeado de estos salvajes ignorantes? ¡Cuando yo podría en París hacer de ti el fotógrafo más afamado del



mundo! ¡Tú me necesitas, Antón, pero no quieres reconocerlo!”

Antón se indignó, bajó a grandes zancadas los estrechos escalones y la dejó sola en las ruinas. Ya había oscurecido y ella se hallaba en un recinto del Palacio, llorando de rabia y frustración, cuando vio aparecer cuatro Aluxes, espíritus inicuos de la selva, personalizados como niños de piel verdosa, traviesos ojos de serpiente, bucles de heno y orejas puntiagudas, piernas y brazos musculosos y extraordinariamente fuertes, quienes sonriendo con malicia, la tomaron de los brazos y a pesar de sus gritos de terror, jugando con ella como si fuese muñeca de trapo, la azotaron contra las paredes hasta dejarla inconsciente. Despertó cuando el sol entró por las rendijas en forma de “T” que servían como ventanas, símbolo de los ojos de Chac, el dios de la lluvia; su rostro, cubierto de moretones, al igual que todo su cuerpo adolorido. Antón regresó a Ciudad Real al día siguiente, sin saber lo que le había ocurrido, pues se había despedido de ella para siempre.

Dominique tardó varios días en recuperarse y mientras tanto Antón inició lo que él pensó que sería una efímera relación con María, una bella muchacha indígena, de dulce rostro y largos, ondulados cabellos azabache, cuya madre era Hopi de Norteamérica y su padre Yaqui mexicano. Sonreía todo el tiempo, pues era una creencia de su tribu materna que la sonrisa aleja los malos espíritus. Al principio Antón le tomó cariño, aunque no pensaba hacer durar mucho su relación, pero resultaba demasiado ingenua, inculta y hasta un poco tonta para el carácter y el duende del Antón, y pronto comenzó a empalagarlo su continua sonrisa y sus modales humildes. La había llevado a su estudio, pensando que se iría pronto. Un día que él hizo otro viaje corto, ella se puso a limpiar y arreglar el desorden natural en el cuarto de un artista soltero, que antes que ordenar su vivienda, primero pretende componer el mundo. Dejó todo impecable

y lo adornó con flores, pero desconocía los quehaceres de Antón, y guardó cosas de uso continuo en lugares poco accesibles, guiándose tan sólo por su sentido femenino de la estética. Cuando Antón llegó se puso fúrico.

-“¿Quién te pidió que arreglaras nada?! ¡Mira nada más qué desmadre! ¡Mis hojas de contacto por un lado y los negativos por otro! ¡Me voy a tardar un año en volver a clasificarlos! ¡Eres una estúpida!” -le dijo- “¡Haz el favor de salir de mi cuarto! No quiero verte más”.

-“Pero... no seas así” -le suplicó ella, casi llorando- “¡Sólo quería alegrarte, dejar lindo tu cuarto! No tienes porqué enojarte así conmigo”.

-“No te pedí que hicieras nada. ¡Mira nada más qué desastre! ¿Dónde dejaste mis negativos, dónde voy a encontrar mis lentes? Por eso vivo solo. No quiero que nadie entre en mi casa con intenciones de quedarse. Por favor, saca tus cosas y te vas”.

Ella empezó a llorar desde ese instante, pero no por ello dejó de sonreír. Daba pena verla, con lágrimas en los ojos, regalando granola a los amigos que había hecho en La Cabaña, con su amplia sonrisa de niña ingenua, tratando de convencerlos de que no sufría, que su sonrisa lograría atraer espíritus favorables y Antón llegaría a pedirle perdón y amarla para siempre.

Pero él, olvidándola por completo, decidió adelantar el viaje a Europa al que había sido invitado para exponer su obra. No quería que Dominique lo supiera, así que le dijo a Diego que se iba a Monte Albán a tomarle retratos a la muerte. El día que se fue, el hermano de María, la muchacha sonriente, cumplía un año de haber muerto en un accidente. Su recuerdo recrudecía la pena de sentirse despreciada, pero no quiso dejarse vencer por la tristeza. De acuerdo con su filosofía, el pesar lograba desvanecerse con la belleza y el ánimo que reflejara en su sonrisa, por lo que esa mañana compró en el mercado un par de

aretes de fantasía en forma de escudos aztecas con plumas refulgentes, y se fue a disfrutar los paisajes a orillas de la ciudad, junto al río Fogótico.

III

LA MUERTA SONRIENTE

Dominique regresó de Palenque ese mismo día, y no le extrañó ver a Diego esperándola en el portón de La Cabaña. Le contó lo que había sucedido en las ruinas, dándole razón por sus augurios. Jamás se había sentido tan miserable. Le pidió que la llevara con un curandero que él conocía, pues le urgía hacerse una limpia. La casa del Ilol era pobre y Dominique no parecía muy convencida de su poder. Se dejó ramer y frotar un huevo en el cuerpo, sin embargo, aunque se mostró un tanto escéptica cuando al abrir el huevo el Ilol le mostró la yema ennegrecida.

–“Lo que tienes es Komel, el espanto” -le dijo- “tu ch’ulel ha sido tomado por el dueño de la tierra y estás en peligro. Hay que llamar a tu alma, ofrecerle al Kajval un gallo para que la suelte. Trae también velas de colores, incienso y trago para hacerle ofrendas”.

Se encaminaron a la ciudad y aunque Dominique se veía preocupada, había sacado sus propias conclusiones:

–“No creo que sea el Kajual el que me ha robado el alma, porque no es mi cultura” – dijo- “quien me la ha robado es Antón y no podré estar en paz hasta cumplir nuestro amor”.

–“No es tu destino Dominique, pero alcánzalo si quieres, esta mañana se fue a Monte Albán. No te será difícil encontrarlo en Oaxaca. Después, estoy seguro, hará un largo viaje”.

–“Eso haré. Esta región está llena de espíritus hostiles para mí. Lo encontraré y lo llevaré a París conmigo. Volvamos pronto a tu casa”.

Regresaron por el camino junto al río y allí encontraron a María, llorando. Al ver-

los sonrió nuevamente, pero las lágrimas siguieron brotando de sus ojos. Era extraño mirarla así, llorando y riendo al mismo tiempo. Diego sintió un estremecimiento. María avanzó hacia ellos y de pronto Diego la vio descarnada y brumosa, su huipil en jirones, su rostro una calavera con las cuencas vacías y una sonrisa desquiciante. Asustado, saltó queriendo cubrir a Dominique, que lo miró asombrada.

–“¿Qué te pasa?” -le preguntó-, y cuando él se volvió hacia María para mostrársela, la miró igual que antes, llorosa y sonriente, avanzando hacia ellos para ofrecerles granola.

Diego no supo qué hacer. Intuyó que la visión que había tenido era un presagio de muerte, y que la bella muchacha moriría en breve. Quiso decírselo, pero ¿qué derecho tenía? ¿Cómo decirle a una joven sonriente que se la ha visto muerta? ¿Cómo y de qué peligro prevenirla? Prefirió callar hasta reflexionar cómo aconsejarla y aceptó la granola.

–“¡Me asustaste!” -dijo, para justificar su sobresalto-. En el camino ella les contó la muerte hacía un año de su hermano y su necesidad de comprar los aretes aztecas como amuletos contra la tristeza. Quiso también saber qué había pasado con Antón y aunque sabía que iba a decepcionarla, Diego le dijo de su viaje a Oaxaca. Dominique, al saber que María estaba también interesada en Antón, la despreció al instante y le lanzó una mirada de odio, sin decirle nada.

Al entrar los tres juntos a La Cabaña, se encontraron con la esposa de Diego, que con el ceño fruncido los esperaba bajo una veranda en el patio. Masculló saludos, visiblemente alterada y tensa, lo que desfiguraba su belleza. Diego le había confesado su platónico amor por Dominique, en los momentos en que una revelación así es más dolorosa para una mujer: se hallaba embarazada, y debatía su espíritu entre un rechazo total y una estrategia femenina para alejar a su marido de su rival.

Diego sufría, tanto de amor frustrado, como por intuir la tormenta de sufrimientos que se avecinaba, esa terrible premonición de muerte que había visto.



Aletazos de celos flotaban en el ambiente y María, que no dejaba de sonreír, miraba con azoro a Dominique, a Diego y a su esposa alternadamente. Se sintió desolada, inerme e impotente, pero quiso romper la tensión mostrando signos de esperanza, por lo que abrió su bolso y repartió entre todos la granola que había hecho ese día. Por un momento, los cuatro sonrieron, agradeciendo el sabor de la miel. Pero Dominique entró de inmediato a buscar su equipaje al estudio de Antón, que por supuesto estaba cerrado. En el cuarto de al lado, contemplando uno de sus cuadros, se encontraba el pintor, quien al verla venir, le dirigió una de sus más seductoras sonrisas.

-“Ya sé que vienes por tus cosas” -le dijo- “pero si quieres puedes quedarte aquí”.

-“No, gracias” -contestó ella, sonriendo- “voy a buscar a Antón. ¿Puedes darme mi equipaje, por favor?”

-“Sólo si me das un beso”- contestó él, casi en broma.

-“Ah... bueno, será de despedida. Tal vez no vuelva en mucho tiempo”.

Le dió un beso en la mejilla, pero él la abrazó y buscó su boca, sonriendo con malicia. Ella le rechazó suavemente.

-“Adiós”- le dijo, en un leve tono de coquetería.

-“No. Hasta pronto. Puedes volver cuando quieras”.

-“Volveré con Antón” -respondió ella, tomando sus maletas. Antes de dar la vuelta hacia La Cabaña se despidió de él con un gesto sonriente.

Ahí se despidió de todos apresuradamente, diciendo que iba a alcanzar a Antón a Monte Albán, y esperó en la banqueta que alguien se dispusiera a ayudarla con su equipaje.

María rompió a llorar de nuevo, silenciosamente, apoyando su moreno rostro en una de las columnas. Diego permanecía sentado junto a su esposa, adolorido por todos, sintiéndose culpable y sin ánimos

Diego pensó detenerla, pero vio que era inútil insistirle y deseó equivocarse en sus presagios cuando la vio salir, fingiendo una confianza en ella misma que estaba lejos de sentir.

de confortar a María. Se podía escuchar la angustia que cubría como un halo envenenado el restaurante, y los tres la aceptaban resignados.

Sólo Dominique se veía impaciente; estaba a punto de pedir a Diego que la ayudase a llevar su equipaje a la estación, cuando se detuvo el jeep de un biólogo amigo de Diego. Ella le conocía, y tuvo la suerte de hallarlo en el momento en que él buscaba acompañante para un viaje a México. Claro que podría dejarla en Oaxaca. “Predestinado”, pensó Dominique, y sonrió con aire de triunfo mientras se despedía con la mano.

Desde el portón abierto, María los vio partir, desolada.

-“Iré también a buscarlo. No quiero perderlo. Se dará cuenta de que lo quiero limpiamente, con alegría, y que es mi amor sincero lo que busca”.

Diego pensó detenerla, pero vio que era inútil insistirle y deseó equivocarse en sus presagios cuando la vio salir, fingiendo una confianza en ella misma que estaba lejos de sentir. Mientras esperaba el autobús que la llevaría a Monte Albán, olvidó por un momento su pesar por una grata sorpresa. Anteriormente había escrito a sus amigos su decisión de vivir por un tiempo en una choza de Tenejapa, les describió este pueblo como un paraíso de los pobres, habitado por indígenas sonrientes que la querían y a quienes ella deseaba servir realizando proyectos para paliar sus necesidades. Sus paisanos compartían esas inquietudes; deseaban conocer el pueblo y ayudarla. Y ahí estaban, enfrente de ella para hacerlo.

Entre ellos venía su más íntima amiga, quien después de abrazarla escuchó sus penas, consoló sus lágrimas y le dio ánimos, convenciéndola de abandonar los planes de buscar a Antón y dedicar su vida a sus proyectos. Tenía gran influencia sobre ella y no le resultó difícil organizar una gira a Tenejapa. En la misma estación cambiaron los boletos y momentos después

salieron hacia allá.

A los tres días, mientras Diego buscaba en su guitarra, notas que aliviaran su tristeza, llegaron los amigos de María con una noticia que le rompió el alma.

Mientras paseaban por el montículo que rodea el sumidero central de Tenejapa, María resbaló por la empinada cuesta, sin hacer siquiera el intento de detenerse, asiéndose de algún arbusto, cayó rodando entre el escarpado roquedal; allí quedó, inerte, tendida junto al río, la blancura de su huipil enrojecida por la sangre. Cuando lograron llegar a ella, acompañados de varios principales Tenejapanecos, la hallaron muerta, sonriendo. Sus aretes aztecas brillaban al sol de mediodía, y por su aspecto de bondad, uno de los principales comentó en tsetal con sus compañeros, que había muerto una reencarnación de la virgen de Ba Navil, la virgen de las lagunas y los ríos que veneran en sus leyendas. Organizaron una procesión y una gran muchedumbre se fue reuniendo en la gran plaza. Colocaron su cadáver sobre un palanquín de cargar santos, y lo pasearon en círculos por varias horas entre las calles del pueblo, colectando dinero para comprar el ataúd y celebrar sus rituales fúnebres.

Dominique supo de ellos en el salón de convenciones del hotel María Isabel, donde asistía a una convención mundial de parapsicología y curanderismo. No había encontrado a Antón en Monte Albán: él se había marchado directamente a Europa, le informaron sus padres, sin darles dirección ni destino hasta la fecha de su exposición en Alemania. Dominique interpretó la coincidencia del congreso como un medio esotérico para embrujar después a Antón. El asiento que le tocó estaba junto al de Roberto Bruce, un eminente entropólogo y lingüista, que dictó varias conferencias sobre la cultura Lacandona, entre ellas una que resultó la más interesante: el simbolismo y la adivinación a través de los sueños que practicaban los Lacandones. Durante ella destacó que había presagios incom-

probables y leyó tres que tal vez nunca podrían confirmarse.

Dominique aplaudió, sentía gran admiración por Roberto aunque acababa de conocerlo. Quería conquistarlo. Se daba cuenta del atractivo que ejercía sobre él y agradeció el instinto de su coquetería, que la impulsó a vestir una escotada blusa negra que resaltaba sus bellos senos, y que él reconoció como la que vestía cuando la conoció por vez primera en Ciudad Real. Ella le relató sus esotéricas experiencias y tórridas emociones mientras estuvo en Chiapas y le contó, entre muchos detalles, que esa mañana había recibido una carta de Diego, y que no había tenido tiempo de leerla, pero sentía gran curiosidad. Entre sonrisas y ojos embrujantes, pidió permiso para hacerlo, para compartir con él algo más de Chiapas, antes de escuchar al siguiente conferencista. Rasgó el sobre, del que sacó una foto a color del jaguar puntillista. Abrió la carta, pretendiendo traducirla al inglés, pero de pronto le brotaron lágrimas, y después de leerla, sin decir palabra, le pasó a Roberto esta triste historia ■